

**Texto enviado por Juan J. Linz para ser leído
en la presentación de los volúmenes 1 y 2 de sus *Obras Escogidas*,
Centro de Estudios Políticos y Constitucionales,
Madrid, 15 de diciembre de 2008**

Quiero expresar ante todo mi pesar por no estar aquí, entre quienes han hecho posible la publicación de estas obras escogidas y quienes participan en su presentación. Una seria dolencia de espalda me impide viajar y tengo que limitarme a mandar mi saludo y agradecimiento a todos los presentes desde mi casa en Hamden, donde les espero.

La publicación de una parte importante de mi obra por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales es un gran honor. Mi gratitud es múltiple: a la Institución; a José Álvarez Junco, que asumió la iniciativa hace dos años, cuando era Director de este Centro, y escribió una cariñosa presentación en el volumen 1, que ahora se presenta; a Javier Moreno Luzón, subdirector de Publicaciones del Centro, por el empeño en sacarla adelante y por el buen gusto que ha manifestado en el elegante diseño de los volúmenes; y a Paloma Biglino, actual directora del Centro, y a Luis Delgado, su nuevo subdirector de Publicaciones, que han organizado este acto, por su decisión para continuar adelante con los restantes 5 volúmenes que faltan para completar mis *Obras Escogidas*.

Intelectualmente, los lectores de estas *Obras* tienen una deuda de gratitud con el trabajo de sus editores, José Ramón Montero y Jeff Miley, por su cuidadosa selección de mis escritos, la coordinación de las traducciones y la edición de miles de páginas. Jeff ha realizado además un ímprobo esfuerzo en la preparación de unos índices que facilitaran la lectura y el uso de mis estudios. Tanto las introducciones que abren estos dos primeros

volúmenes, como el *retrato* que de mí han hecho José Ramón y Jeff representan una contribución original que pone mis trabajos en un contexto temporal y biográfico, que destaca sus limitaciones por la fecha en que fueron escritos y publicados, y que al mismo tiempo llama la atención a parte de la literatura posterior relevante. Agradezco también el esfuerzo de los traductores y su cuidado no sólo en poner en castellano mis textos, sino en respetar y tratar de conservar mi estilo al hacerlo. La revisión de las traducciones de algunos de mis trabajos, que yo mismo he llevado a cabo con la colaboración de mi mujer, Rocío de Terán, ha sido a veces pesada y frustrante. He querido que la traducción fuera lo más exacta posible, no una nueva versión que hubiera quizá reflejado cambios de interés o enfoque: esto último habría distorsionado lo que habían leído y a veces criticado o discutido mis lectores años atrás. Realmente, las traducciones a idiomas que conozco, como el alemán, el francés o el italiano, han sido para mí un problema al obligarme a trabajar con los traductores. Prefiero recibir ejemplares de traducciones de mis trabajos al japonés, coreano, farsi o ruso, no sólo porque no tengo que preocuparme de si interpretan bien o mal mi pensamiento, sino por el placer de ver los textos en unas letras tan distintas y estéticamente tan atractivas.

En el prólogo que he escrito para el volumen 1 he explicado las razones por las que carecía de sentido publicar unas obras completas. ¿Qué sentido podía tener traducir al castellano las casi mil páginas de mi tesis doctoral sobre la elecciones alemanas de 1953, que aseguró la posición de Konrad Adenauer, por mucho que contribuyera al conocimiento del sistema de partidos alemán y de la estructura social alemana de la época, y por muy interesante que fuera como ejemplo del uso de encuestas en el estudio

del comportamiento electoral? Otro tema que se planteó fue la posibilidad de publicar mi obra en orden cronológico, lo que hubiera podido ser útil para un estudio de mi evolución intelectual, de mi biografía, pero al mismo tiempo enormemente confuso. Hubiera sido un mosaico, saltando de un tema a otro con enormes discontinuidades. La única ventaja sería que los lectores tendrían una mayor conciencia del contexto temporal en que se escribió cada trabajo. Creo que la decisión de publicar tomos separados por grandes bloques temáticos ha sido acertada. Permite que lectores interesados en uno u otro aspecto puedan adquirir y leer volúmenes distintos, y comprobar continuidades temáticas en mi trabajo.

En el curso de más de 60 años, mi obra intelectual ha respondido a muchos estímulos: el deseo de conocer y en lo posible explicar acontecimientos históricos, una preocupación intelectual por el país con el que me siento identificado desde que de niño pude optar por distintas identidades. Por otra parte, la realización de mi trabajo en un contexto como el estadounidense, en el que el interés por España entre los científicos sociales era limitado, me ha obligado a formular mis estudios en un cuadro teórico y conceptual más amplio, que luego precisaba añadiendo en el título "*the case of Spain*", "el caso de España". Reflexionando sobre mi obra, y a raíz de la visita de un amigo americano que piensa escribir un bosquejo de la historia de Estados Unidos para europeos, lo que me llevó a releer el libro de Claus Offe sobre *Reflections on America, Tocqueville, Weber, and Adorno in the United States*, me he preguntado por qué, si soy tan europeo como ellos, y vivo, como ellos lo hicieron, en Estados Unidos, no hay en mi obra casi referencias a este país. En gran medida, la razón es que los temas que me han

preocupado (como la crisis de las democracias, el fascismo, los regímenes no democráticos o las transiciones a la democracia) no eran relevantes para la experiencia americana contemporánea. Probablemente, la principal razón es que nunca escribí para un auditorio español o europeo sobre Estados Unidos, sino sobre mis experiencias europeas. Quizá también porque no vine a estudiar Estados Unidos como tema, como hizo Alexis de Tocqueville, ni como viajero observador e interesado en algunos aspectos relevantes para su obra, como hizo Max Weber, sino como “*resident alien*”, es decir, “*alien*”: ajeno, extraño (pero no alienado). Ahora que Europa es más “normal” y vivo más limitado a Estados Unidos por mis dificultades físicas para viajar, estoy sintiendo la tentación de escribir sobre las características distintivas de la democracia americana, y sobre los rasgos que le alejan de ser la mejor o la modélica, como tantas veces se ha pretendido.

Volviendo a leer gran parte de mis escritos, me doy cuenta de que son estudios históricos, que describen e interpretan situaciones y hechos ya lejanos y distintos de la realidad actual. El estudio sobre los sistemas políticos del *corto siglo* pasado –por utilizar la expresión de Eric Hobsbawm- es ya historia. Y, sin embargo, un historiador utilizaría una perspectiva, una terminología y unos instrumentos analíticos muy distintos de los que yo he utilizado. Por supuesto, un historiador que estudie los mismos procesos que yo he estudiado, como por ejemplo la quiebra de las democracias, tendría mucho en común con lo que yo he hecho, lo que de paso me ha valido las críticas de algunos colegas por ser demasiado historiador. Las discusiones sobre la actual crisis económica han provocado un nuevo interés por los estudios de la gran depresión de los años treinta, y con ello se

han revisitado los modelos teóricos de los economistas anteriores a la reciente fase neoliberal, que tendemos a olvidar. No es que sus teorías sean totalmente aplicables a la crisis actual –que es nueva y distinta-, pero sí son relevantes al hacernos pensar de un modo distinto. En esto, mis trabajos no son sólo históricos, puesto que además confío en que hayan contribuido al desarrollo teórico de la ciencia política y de la sociología. El que sean trabajos de ciencia política o de sociología no debería impedir que sean utilizados por los historiadores como fuente por los datos que contienen, por la interpretación y por la percepción de los hechos contemporáneos, ni tampoco que su “historicidad” o “historificación” los haga irrelevantes para los politólogos o sociólogos contemporáneos que no estén especialmente interesado en la historia.

Muchos de mis escritos han sido en colaboración o han formado parte de proyectos colectivos. A veces me siento algo incómodo al verlos como parte de estas *Obras Escogidas* porque incluyen ideas desarrolladas en interminables horas de discusión con mis coautores, textos que han pasado por muchas revisiones y resulta imposible saber de quién fue la idea, a quién se le ocurrió la formulación de una pregunta o quién redactó la primera versión de nuestras respuestas. El lector debe de tener esto presente cuando vea el nombre de un coautor en algunos de los capítulos.

Muy distintas personas e instituciones han hecho posibles mis trabajos y han dirigido mi atención a unos u otros temas. Un hecho muy decisivo fue la oportunidad de trabajar con el equipo de DATA –como Amando de Miguel, Manuel Gómez Reino, Francisco Andrés Orizo o Darío Vila- en una nutrida serie de encuestas. Ello me permitió

utilizar lo que aprendí de Paul Lazarsfeld en la Universidad de Columbia y en mi colaboración con Marty Lipset, el director allí de mi tesis doctoral. Me hubiera gustado poderles contar hoy anécdotas significativas de la historia de cada uno de mis estudios, aunque las introducciones a los distintos volúmenes lo han hecho en parte.

Reitero que siento mucho no estar con ustedes en este acto, donde podría encontrar a tantos amigos. Lo siento también porque el Centro me trae memorias de nada menos que 60 años de vida intelectual. Entré en 1948 en el entonces Instituto de Estudios Políticos en 1948 como colaborador de Javier Conde, que era entonces su director. Mis primeros trabajos -entre ellos una bibliografía de sociología electoral- se publicaron en la *Revista de Estudios Políticos*, dirigida por Manuel Cardenal, el padre de Fernando, mi más antiguo amigo. En el Instituto organicé el intercambio internacional de revistas e hice instalar una sala de revistas en el ático, en la que los estudiosos podían encontrar publicaciones de todo el espectro político, entre ellas algunas del exilio e incluso alguna próxima al Partido Comunista francés. Años más tarde, a mi vuelta de Estados Unidos, propuse al Instituto, con otros jóvenes sociólogos, un proyecto de investigación sistemático sobre las profesiones (médicos, maestros, etc.), que no llegó a realizarse. Volví por el caserón de la Plaza de la Marina Española muchas veces durante la transición a la democracia. Ahora veo a nuevas generaciones de investigadores, muchos de los cuales han sido estudiantes míos, activos en la vida del Centro. Y me llena de satisfacción que parte de mi biblioteca haya encontrado recientemente su sitio en la biblioteca del Centro.

Termino agradeciendo de nuevo vuestra asistencia a este acto, la presentación de mi buen amigo José Ramón y las palabras de Julián Santamaría y de Emilio Lamo de Espinosa, que tanto hubiera querido escuchar. A todos, un emocionado saludo desde el otro lado del Atlántico.

Juan J. Linz